

envió a Robert Bridges, que ya poseía suficiente material para edificar la fama del poeta muerto.

Pero sus poemas y su correspondencia no se publicaron en seguida. Los primeros, con una introducción de Bridges, no aparecieron hasta 1918. Las cartas vinieron después.

Al principio, la poesía de Hopkins desorientó. No se acostumbraban los oídos a su verso audaz, renovador, no pocas veces obscuro. Pero los jóvenes le descubrieron de pronto. ¿Quién era aquel hombre de otra época que hablaba como ellos, tan actual, desasosegado y profundo? Le convirtieron en el precursor, en el poeta que repartía anchamente su influjo con voz desvelada, de insomnio afebrado, quemante.

Desde entonces, cada vez son más numerosos los estudios de su vida y de su obra. Este que ahora publica Eleanor Ruggles puede, sin duda, contarse entre los buenos. Por sus páginas cruza, despacioso, ensimismado, el jesuíta que todo lo amó desesperadamente, con la abundante fuerza del solitario que rompe las cadenas de su agonía y dialoga con ellas, agitándolas en la noche.

■
<https://doi.org/10.29393/At275-25JVHD10025>

JENNY VILLIERS (2), de *J. B. Priestley*

La popularidad de un pugilista, de un político, de un jugador de fútbol supera inmensamente a la que puede alcanzar un escritor. Algunos se quejan de esto y tratan de explicarlo con amarga filosofía. En realidad, no es cosa nueva y nada tiene que hacer, verdaderamente, con el auténtico valor que puede poseer la obra de un novelista, un dramaturgo, o un poeta. Cuando un pugilista es popular y todo el mundo se detiene a mirarle por la calle, no cabe duda de que es un buen pu-

(2) *Jenny Villiers*, by J. B. Priestley. (William Heinemann, London).

gilista, la más perfecta máquina trituradora de huesos que se puede concebir.

Cuando un escritor es popular, aunque nadie se detenga nunca a mirarle, porque ya es suficiente la atención que exige con sus libros, no cabe duda de que la duda cabe: puede ser bueno o malo. Su popularidad no es, como en el caso del pugilista, una prueba indudable de superioridad sobre los de su oficio. A menudo, el «best-seller» debía caer en manos de la máquina trituradora de huesos. Pero ésta es otra historia, como decía Kipling, escritor popular que ahora, inexplicablemente, está bastante olvidado.

Todo esto nos ha servido de preámbulo para un comentario acerca de John Priestley. La razón está a la vista: Priestley es un escritor popularísimo. Y tan activo que parece poseer el don de la ubicuidad. Se le ve en todas partes: en la novela, en el cuento, en el teatro, en la radio. El inglés que cierra una novela de Priestley y abre un periódico para descansar en una lectura diferente, comienza a leer un cuento o un artículo de Priestley; y cuando no desea leer más y se dispone a escuchar algo frente a su receptor, Priestley le habla largamente acerca de la guerra o de la paz entre países o en el simple individuo; por fin, cuando atardece, y el inglés se va al teatro, Priestley le llama con todas sus comedias diseminadas por el West End.

Priestley es así, y sus compatriotas— en buena mayoría— están contentos de que así sea. A veces algún crítico se ha atrevido a decir que su halago del público le está perdiendo. Entonces el público, deseoso de ser halagado, piensa que el crítico es un majadero, y lee a Priestley con más fervor que nunca.

Para acortar un poco, digamos lo que todos ya han entendido: Priestley es, en la actualidad, en Inglaterra, el escritor popular por excelencia, es el público hecho autor.

De regular estatura, gordo, ni joven ni viejo— nació en Bradford en 1894—ha producido innumerables obras. La nove-

la que le dió fama, *The Good Companion*, predijo una carrera repleta de triunfos. Las siguientes han predicho, como gitanas locuaces, alegría, dinero, gloria, aplausos. Priestley lo sabe, lo vive y está contento, escribiendo.

Entre sus amores está el del teatro. Sus novelas van a la escena, y, cuando no van, se acuerdan de ella en muchas páginas. Hay luz de candilejas en todos los capítulos. Además, cambios espectaculares de telones. Y los personajes se mueven como tratando de no quedar nunca muy lejos de un amable consueña.

Ahora tenerios delante: *Jenny Villiers*. Es una novela espléndidamente presentada, con agradables dibujos de Miss M. Elaine Hancock. La historia se desarrolla en un teatro, entre actores y actrices. Una de estas actrices, la que da su nombre al volumen, Jenny Villiers, es una mujer muerta hace un centenar de años. Pero, como por arte de magia, vive durante toda la novela frente a un escritor que, mientras unos artistas ensayan una obra suya, tiene tan prolongadamente la visión de la desaparecida, con tanta nitidez, en una sala sin luz y solitaria, que el lector se olvida de que se encuentra con un libro y alarga las manos para aplaudir. Lo malo es que, con este gesto, la novela se viene al suelo. No importa. John Boynton Priestley escribirá otra muy pronto. Y aplaudiremos otra vez.— HERNÁN DEL SOLAR.